Tradición oral en la era de los algoritmos

De los márgenes a los feeds

Por Edgardo Civallero

El conocimiento como texto y sus puntos ciegos

En el imaginario profesional y público, el "conocimiento" suele presentarse como texto: impreso, encuadernado, almacenado, citado. Medimos su legitimidad en ISBN, número de páginas e índices de citación. Esto no es casualidad; es el legado de lo que denomino *literocentrismo*: un hábito cultural, forjado durante siglos, que privilegia lo escrito por encima de cualquier otra forma de expresión.

En los marcos literocéntricos, el patrimonio oral —la memoria viva, hablada, cantada o representada de las comunidades— suele ser tratado como algo suplementario, anecdótico o poco fiable. El sesgo es estructural. Las administraciones coloniales utilizaron la ausencia de escritura como prueba de la ausencia de civilización. Bibliotecas, archivos y museos heredaron ese prejuicio, incorporándolo a sus criterios de selección, sus vocabularios descriptivos y sus prioridades de preservación.

Esto tiene consecuencias reales. Sistemas completos de conocimiento —ecológicos, jurídicos, históricos, espirituales— han quedado fuera del registro oficial simplemente por transmitirse de forma oral. El resultado no es solo una memoria colectiva empobrecida, sino también distorsionada, sesgada hacia quienes poseen los medios y la autoridad para escribir.

Aunque este artículo se centre en la palabra hablada, la expresión oral no es la única forma de transmisión de conocimiento que ha sido alterizada o relegada a los márgenes por los paradigmas literocéntricos y textuales. Sistemas pictóricos, artefactos tridimensionales, prácticas corporales e incluso inscripciones territoriales han

transmitido, desde hace mucho, conocimientos complejos y autorizados. Sin embargo, esos medios han sido frecuentemente desestimados como decorativos, simbólicos o secundarios frente a los registros escritos. Los mecanismos de exclusión son similares: aquello que no encaja en el medio dominante se vuelve invisible, se le despoja de su contexto y se le niega legitimidad epistémica.

Una puerta de entrada práctica: el *Manual*

En este contexto, aparece el *Manual de gestión de oralidad para bibliotecas*, obra que publiqué recientemente (Bogotá: Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte, 2024, de acceso abierto en línea). No se trata de un tratado político, sino de un recurso práctico: una introducción a conceptos, técnicas y herramientas para trabajar con materiales orales en contextos bibliotecarios.

El manual se basa en mis propias experiencias de recolección de tradición oral en comunidades indígenas del noreste argentino entre 1998 y 2005. Comencé sabiendo prácticamente nada sobre las metodologías o las consideraciones éticas implicadas, y fui construyendo, poco a poco, un conjunto de apuntes y directrices de elaboración propia. Aquellas primeras notas de campo evolucionaron hasta convertirse en el primer blog sobre tradición oral en lengua española, que a su vez dio lugar a una serie de artículos y, finalmente, se consolidó en el presente libro.

La obra aborda tres ámbitos principales: una sección teórica que define la tradición oral, expone sus rasgos distintivos y examina su relación con la alfabetización y el poder; una sección práctica que trata la planificación y realización de entrevistas, la construcción de confianza con las comunidades y los retos de trabajar con la imprevisibilidad del discurso vivo; y una sección de gestión dedicada a la transcripción, traducción, descripción, uso de metadatos y preservación a largo plazo de archivos orales.

Aunque el manual se centra en la metodología, su mera existencia invita a una conversación más amplia. Y esa conversación, para mí, es inevitablemente política.

La tradición oral como desafío al literocentrismo

Reconocer la tradición oral como conocimiento plenamente legítimo implica cuestionar las jerarquías que han dado forma a nuestras instituciones culturales.

La tradición oral no es una reliquia nostálgica de un mundo premoderno. Es una práctica dinámica, adaptable y, con frecuencia, subversiva. Un pescador que nombra los cambios estacionales de un río que ningún mapa hidrográfico registra; una persona migrante que narra cruces fronterizos ausentes de las estadísticas oficiales; un artesano que transmite una destreza corporal mediante gestos e historias: todos son ejemplos de producción y transmisión de conocimiento oral.

Estas formas perviven precisamente porque habitan en las personas, no en los documentos. Pueden responder al cambio, adaptarse a nuevos contextos y transmitir significados demasiado complejos o situados como para ser reducidos a texto.

El giro digital: de los fogones a los algoritmos

Paradójicamente, mientras muchas bibliotecas aún enfrentan dificultades para dar cabida al patrimonio oral, la esfera digital rebosa de él. Las plataformas de redes sociales —TikTok, YouTube, Instagram, Twitch, notas de voz en WhatsApp— se han convertido en vastos archivos orales no comisariados, generados en tiempo real.

Los pódcast llevan testimonios, debates, poesía e instrucción a millones de oyentes. Los *storytimes* de TikTok condensan historias personales en narrativas de un minuto. Los canales de YouTube documentan técnicas artesanales, luchas políticas y la vida cotidiana con la misma inmediatez de una conversación en la mesa de la cocina. No son análogos perfectos de las formas orales tradicionales: están moldeados por las lógicas de las

plataformas, la monetización y la economía de la atención. Sin embargo, demuestran que el impulso de hablar, escuchar y recordar sigue siendo tan fuerte como siempre, y que ha encontrado nuevos escenarios globales.

No se trata de un *revival* romántico, sino de una transformación. La tradición oral está ahora entrelazada con etiquetas de metadatos, políticas de moderación de contenidos y visibilidad algorítmica. Los desafíos son nuevos —incluyendo la propiedad, el consentimiento y el riesgo de descontextualización—, pero la dinámica central es familiar: conocimiento que vive en las voces, se moldea en el diálogo y se adapta a entornos cambiantes.

Implicaciones para las instituciones de la memoria

Para bibliotecas, archivos y museos, este contexto representa tanto una oportunidad como una provocación. La oportunidad reside en conectar los métodos tradicionales de trabajo con el patrimonio oral con las nuevas realidades de la expresión digital. La provocación consiste en enfrentar las suposiciones literocéntricas que han marginado sistemáticamente lo oral.

Esto puede implicar reformar los metadatos para que los estándares descriptivos sean capaces de captar la *performance*, el contexto y el significado relacional sin reducirlos a texto; desarrollar modelos de acceso que respeten el control comunitario, la sensibilidad cultural y las formas de interacción no escritas; adaptar los flujos de trabajo institucionales para integrar la recolección, el procesamiento y la preservación de materiales orales en la práctica rutinaria, en lugar de tratarlos como proyectos excepcionales; y sustituir las formas extractivas de "documentación" por enfoques colaborativos, en los que las comunidades co-diseñen y co-gestionen el trabajo, decidiendo qué se registra y cómo se utilizará.

Estos cambios no son meramente técnicos. Constituyen giros epistemológicos que exigen a las instituciones repensar su papel: de custodios de objetos a facilitadores de una memoria viva y polifónica.

Del manual al movimiento

El *Manual de gestión de oralidad para bibliotecas* ofrece un conjunto accesible de herramientas para iniciar este camino. Aborda el *cómo*: cómo planificar una entrevista, cómo transcribir el habla, cómo gestionar las grabaciones de forma responsable.

El *porqué* —por qué es importante reequilibrar nuestros sistemas de memoria para que lo oral y lo escrito coexistan en condiciones de igualdad— trasciende el contenido del manual. Se trata de una elección sobre el tipo de registro cultural que deseamos construir para el futuro.

En una época en la que las voces están en todas partes, desde los mercados rurales hasta los circuitos algorítmicos, negarse a trabajar con la tradición oral ya no es signo de prudencia profesional. Es, más bien, la decisión de permitir que mundos enteros de conocimiento permanezcan invisibles.